

Alegre Zahonero, Luis., *El lugar de los poetas. Un ensayo sobre estética y política*. Editorial Akal, Madrid, 2017.

Nos encontramos ante el libro que marca el retorno a la Academia de su autor: tras varios años en la arena política (como fundador y uno de los dirigentes más importantes de *Podemos*) vuelve al recogimiento en el espacio de las ideas, al tiempo largo y pausado del estudio y la reflexión.

En los últimos años, el debate político ha traído constantemente a colación el problema del poder, los significantes vacíos, el populismo, etc., asunto que, como veremos con este ensayo, está del todo presente en la problemática tratada por Immanuel Kant en su *Crítica del juicio*. En cierto modo, el libro que aquí estamos reseñando es ante todo una reflexión profunda y elaborada de la última de las críticas kantianas: la cuestión de la belleza, del juicio estético, ¿cómo se ponen los nombres a las cosas?, ¿bajo qué reglas, normas o tipos?, ¿cómo se concilian razón y sensibilidad? Este será el meollo de lo que trata Alegre en este libro: lo que él denomina *el lugar de los poetas*.

El ensayo se divide en cuatro capítulos bien diferenciados que van presentando, con sorprendente pedagogía, sin pedanterías de ningún tipo y con una claridad meridiana, algunos problemas clásicos de la historia de la filosofía que resultan de acuciante actualidad. Pero antes de comentar cada uno de los capítulos por separado (con sus respectivas cuestiones), adelantemos la tesis fundamental: si se perdiera toda confianza en la objetividad del arte, la poesía, el juicio, el gusto, lo que menos debería preocuparnos es lo que le pueda ocurrir al arte mismo. Si no quedara ni un resquicio de objetividad en el “lugar de los poetas”, el problema grave sería encontrarlos sin sustento para el orden mismo de la verdad y de la justicia.

Dicho esto, comenzamos el recorrido en el primer capítulo, donde abordamos una reflexión sobre Platón, la expulsión de los poetas de la ciudad, la oralidad y las sociedades conformadas estéticamente. Alegre señala al inicio del capítulo, en una nota al pie, que gran parte de lo expuesto se debe al contenido del curso “La herencia socrática” que impartía Carlos Fernández Liria en la UCM. La historia de la Filosofía comienza con la propuesta platónica de expulsar a los poetas de la ciudad, a quienes Platón considera un obstáculo para la libertad y para la razón.

A continuación, en el segundo capítulo, el autor presenta lo que entiende como un triunfo apoteósico del platonismo gracias al desarrollo de la física matemática y los planteamientos de la filosofía de Descartes, la revolución galileana y la posibilidad de una *Mathesis Universalis*. Debe prestarse atención especial al subapartado “Sobre el necesario fracaso de todo ensayo en teodicea”, donde se expone que si se quiebra la confianza en el *orden racional* del mundo, se hundan los pilares del proyecto teórico del racionalismo. Posteriormente, Alegre aborda algunos aspectos de la *Crítica de la razón pura*, donde se fijan los límites dentro de los cuales está obligada a moverse la razón teórica, y de la *Crítica de la razón práctica*, explicando una serie de concep-

tos y nociones imprescindibles para poder comprender correctamente la tercera parte del ensayo, la más importante del libro sin duda.

En el tercer capítulo — “La restitución del lugar de los poetas” — Alegre Zahonero desarrolla su interpretación de la *Crítica del juicio*. El problema se centrará en considerar hasta qué punto tanto el orden teórico como el práctico descansan sobre esos extraños cimientos que se encuentran en el lugar de los poetas, allí donde se ponen las palabras a las cosas, donde se crea con mirada artística, donde se enlazan la materia y la forma. Este lugar de los poetas es el lugar del arte y la belleza, capaces de producir una satisfacción desinteresada que es la clave de su pretensión de validez universal: “Cuando decimos que algo *es bello*, estamos de hecho emitiendo un juicio que reclama asentimiento universal” (pág. 156). La concepción de lo bello formulada por Kant implica una ausencia de *modelo*, un *sin concepto*, inseparable de la creación originaria, de la formación de nuevos tipos, de nuevos modelos y realidades, en definitiva, de nuevos mundos. El concepto de arte surgido en la Ilustración no se basa ya en la mimesis, denunciada por Platón, sino en la idea de *creación y originalidad*. Este concepto de belleza es crucial no sólo en lo relativo al orden estético sino también para el orden teórico y práctico. Se impone la necesidad de poner la estética en el primer lugar de las preocupaciones filosóficas.

Tras una primera aproximación a algunos conceptos clave de la tercera crítica kantiana, se aborda la relación entre belleza y libertad mediante una lectura detallada de las *Cartas sobre la educación estética del hombre* (1795) escritas por Schiller. Parecería una frivolidad que el filósofo se dedicase a las cuestiones estéticas en lugar de a las políticas en un tiempo histórico tan convulso, pero nada más alejado de la realidad, ya que, para Schiller, “a la libertad se llega por la belleza”: hablar de estética es hablar de razón práctica, es hablar del lugar de la política. Lo que intenta Alegre Zahonero (como Schiller en su momento) es señalar que para resolver el problema político en la experiencia se debe tomar el camino de lo estético. La *educación estética* consiste, en primer lugar, en “educar la sensibilidad para ajustarla lo más posible a las exigencias del deber”. Es evidente que, desde el punto de vista de las *posibilidades* que tenga la ley moral de hacerse obedecer en el mundo, no da igual el modo como esté *constituída en cada caso la sensibilidad*. Ahora bien, tan urgente como ennoblecer la sensibilidad —para evitar el *salvajismo*— es la tarea de embridar a la razón para evitar la *barbarie*. Aquí entra con destacada importancia la noción “impulso de juego”, un concepto que refiere directamente a la libertad, como capacidad de crear libre y originariamente, sin reglas precedentes, sin la antigua palabra de los ancestros, sin la palabra de Dios. Con este concepto se pone de manifiesto *el carácter de construcción* que tienen todas las formas culturales. El modo concreto de enlazar materia y forma, deseo y ley, felicidad y virtud, mundo y logos, en definitiva, sensibilidad y razón, es siempre contingente, es una producción humana, una creación original. “Será —considera Luis Alegre— tarea del *impulso de juego* buscar esa armonía: *crear* reglas capaces de constituir un orden civil al tiempo que se respetan los anhelos y deseos de los individuos; *modelar* la sensibilidad para ajustarla a las exigencias de la civilización (...) *crear una cultura de la libertad*; una cultura que no se limite a ser sin más el orden concreto de una tribu sino que constituya el orden de la realización de los humanos en el reino de la libertad” (pp. 210-211).

Hasta aquí hemos expuesto someramente la primera mitad del tercer capítulo donde el autor ha seguido de cerca a Kant y a Schiller, para pasar inmediatamente después al Nietzsche de *Sobre verdad y mentira en sentido extramoral*, *La gaya cien-*

*cia* y *La genealogía de la moral*. Alegre señala que con Nietzsche la estética alcanzará su momento cumbre, mediante la defensa —frente al concepto— de la metáfora, la actitud estética y el juego. La muerte del Dios de los filósofos implica asumir que ya no hay ninguna garantía de que el mundo esté ordenado racionalmente. Se pierde toda referencia a la esencia primitiva de las cosas. Cualquier nombre no es más que un modo de enlazar semejanzas y diferencias en un sistema de clasificación arbitrario. Cualquier orden de conceptos, cualquier verdad no es otra cosa que un acto de voluntad, una creación humana, una tarea de los poetas, la de poner nombres a las cosas: “la clave está en entender que el modo como se realice la clasificación y, por lo tanto, el modo como *nombremos las cosas*, resulta determinante del modo como *nos vivamos, nos pensemos y nos sintamos a nosotros mismos*, es decir, resulta determinante para la construcción misma de nuestra *identidad* y la de los demás” (pág. 277). Lo que pone de relieve Luis Alegre es en qué medida toda la autoridad legislativa, todo ese poder que consiste en crear un orden normativo, el diseño del orden práctico, reside en la capacidad de crear originariamente nombres para las cosas. En esto consiste lo que se ha reivindicado como “conducta estética”, la capacidad originaria de poner palabras a las cosas, crearlas libremente.

¿Qué tipo de objetividad cabe esperar en *el lugar de los poetas*? Esta es la pregunta primordial en el asunto del que se ocupa el ensayo. Admitido el carácter contingente de la creación de los universales con los que nombramos a las cosas, no podemos renunciar a las exigencias de validez universal. El arte muestra la posibilidad de crear originariamente enlaces nuevos, resultado de un *libre juego* que, sin embargo, crea un enlace cuya validez puede reclamar asentimiento universal por sí mismo. Los nuevos contenidos de las palabras, como acto de creación poética, nacen cargados de futuro: “hay modificaciones que no implican un *mero cambio* sino un *progreso* inequívoco, capaz de mostrar *por sí mismo*, de un modo inmediato, su propia validez y dignidad” (pág. 311). A modo de conclusión de este tercer capítulo, Alegre insiste en que, aunque haya objetividad y se pueda reconocer el progreso, conviene recordar que *no hay ciencia* al respecto. Sin modelo no hay manera de reducir a una cuestión técnica la creación de las palabras buenas. No es posible deducir nuevas palabras a partir de principios y reglas, lo único que podemos hacer es “*mostrar* lo creado y reclamar asentimiento universal, pretender que se ha creado una forma en la que encajan mejor logos y mundo. Todo esto tiene algo misterioso e incomprensible: es precisamente lo misterioso e incomprensible que se celebra ante el hecho de la belleza” (pág. 333)

De esta manera cierra el autor el capítulo más importante del ensayo. El capítulo que le sigue presenta cómo todos los problemas planteados a lo largo del ensayo tienen su máxima expresión en el siglo XX, abordando cuestiones como la sociedad de mercado, la estetización de la política en el Tercer Reich, la ciencia de la historia y la estética marxista, para terminar en el siglo XXI con referencias a Judith Butler y la performatividad del lenguaje. El ensayo concluye con un epílogo del filósofo Carlos Fernández Liria, que conecta los problemas filosóficos planteados por Luis Alegre con la situación política actual. Alegre y Fernández Liria han venido pensando y escribiendo juntos desde hace más de una década, creando una escuela que se caracteriza por su compromiso político con la coyuntura histórica y por su claridad en la exposición teórica. Es de justicia elogiar la capacidad de Luis Alegre para explicar con maestría, paciencia, y extrema pedagogía los asuntos más complicados de la historia de la filosofía. En este libro se abordan algunos de los más difíciles y,

sin embargo, no es necesario tener un conocimiento amplio y detallado de filosofía para entender este ameno escrito, que puede ser utilizado incluso para presentar las problemáticas filosóficas más importantes a quienes no han tenido la oportunidad de toparse previamente con estas grandes cuestiones. Un ensayo de amplio espectro que puede ser leído con provecho por cualquier lector curioso e inquieto, por estudiantes y por docentes o investigadores universitarios.

Daniel García Corral  
Universidad Complutense de Madrid  
Danicorral11@gmail.com